

para con los demas, el interés mismo que inspiraba por su enfermedad prematura, aquella necesidad en fin de un brazo siempre pronto á auxiliarle para efectuar cualquier movimiento, la fortuna de poder conferenciar con él y observar durante la conversacion los bellos rasgos de su carácter; todo en fin producía en el alma de los hombres admitidos en su presencia, un sentimiento de respeto hácia el príncipe, y de sincera admiracion hácia el hombre. El talento y la naturalidad habian subido al trono y descendían de él con el hombre eminente que le ocupaba. Durante los recibimientos oficiales de la tarde observaba con cada uno la mas oportuna conducta. Su presencia de ánimo era igual á su talento. Representaba esactamente la antigua dignidad real en un pueblo nuevo; procuraba confundir dos épocas y lo conseguía, parecía querer tanto al hombre de la nueva Francia como al rey de la Francia antigua; hacia olvidar la elevacion de su rango con su talento y elevacion de ánimo.

XXI.

Mr. de Talleyrand asociaba consigo á los diplomáticos, á los hombres eminentes de la Revolucion y del Imperio, atraídos por él al nuevo reinado, los oradores y escritores jóvenes cuya voluntad queria captarse. Como todos los hombres superiores á aquello que forma su ocupacion, consagraba largos ocios al placer, al juego y á la conversacion. Amaba y cuidaba de las letras en medio del tumulto de los negocios. Ninguno como él presentía el genio hasta en los hombres oscurecidos é ignorados. Aquel gran ministro á quien se suponía sin mas tiempo que el necesario para el despacho de los negocios de la corte y de la administracion, trataba de todo, hasta de las mas grandes cosas con negligencia, dejaba mu-

cho al acaso, que siempre trabaja, y pasaba noches enteras leyendo á un poeta, escuchando un artículo ó conversando con personas de uno y otro sexo ociosas pero de talento. Tenia un exacto golpe de vista para los hombres y para las cosas, y era distraído y cuidadoso al mismo tiempo; de conversacion concisa, pero perfecta. Sus ideas, si así puede decirse, se desprendían gota á gota de sus labios, pero cada palabra encerraba un gran pensamiento. Generalmente se le ha atribuido grande inclinacion á los epigramas y chistes de que él carecía. Su conversacion no tenia ni la malignidad ni la licencia que el vulgo se complacia en atribuirle: era por el contrario comedido, abandonado en su lenguaje, natural, un poco tardo de expresion, pero sumamente preciso. Tenia sobrado talento para necesitar afectarle. Sus palabras por lo comun algo escasas y oscuras, contenían sin embargo multitud de reflexiones de gran peso.

XXII.

Madama de Staël, atraía alrededor de sí á todos los hombres que habian vuelto de la emigracion sin el horror de 1789 y la antipatia contra el nombre de su padre. Su sociedad se componía de algunos republicanos puros y constantes de la Gironda ó de Clichy, de los restos del partido constitucional de la Asamblea constituyente; de los nuevos realistas, y de los oradores, poetas, escritores y periodistas de todas las épocas. Era su casa el centro de todas las opiniones y de todos los talentos combinados y amalgamados en su salon por la bondad de su alma y por su genio tolerante. Ella daba estimacion á todo porque lo comprendía todo. Era tambien universalmente apreciada, porque sus opiniones nunca habian sido sino efecto del entusiasmo, y aquel entusiasmo era la tempe-

ratura ordinaria de su corazón y de sus palabras. Su conversación era una oda continua. Descábase estar á su lado por presenciar aquella continua y vehemente explosión de elevados conceptos y de sentimientos magnánimos expresados por la elocuencia inofensiva de una muger. Al separarse de ella, experimentábase una decidida pasión por la libertad, por el genio y por las grandes perspectivas de la imaginación. Aquella luz reflejaba á toda la Europa. Madama de Staël era el Mirabeau de la conversación y de las letras. No solo removía en sus improvisaciones la revolución de la Francia, sino la revolución de la imaginación humana. Un delirio sublime se apoderaba de sus oyentes. El mundo moderno no había visto, desde las sibilas, la encarnación del genio varonil en las delicadas formas de una muger. Era la sibila de dos siglos á la vez, del siglo XVIII y del siglo XIX, de la revolución en su cuna y de la revolución próxima á su tumba.

XXIII.

Otra muger, hija de un girondino heroico, la duquesa de Duras, abría mas exclusivamente su casa á los realistas, á los hombres de corte, á las mugeres hermosas ó instruidas de la época, á los escritores ó á los políticos de la escuela monárquica. Aquel salon estaba consagrado al entusiasmo de madama Duras y de Mr. de Chateaubriand, su oráculo y su amigo. Reunía en derredor de él y para él, á todos los admiradores de su talento y á todos los servidores de su ambición política. Hallábase allí mezcladas y confundidas las letras y las intrigas de Estado, los versos y los rumores con los discursos. Academia y conciliábulo á un mismo tiempo, aquella reunión recordaba los salones de la Fronde, en donde el amor y la poesía, las mugeres y los ambiciosos entraban

en los complots y en las intrigas de la corte. Madama de Duras escribía con gusto y con pasión. Tenía bastante fuego para reconocer y adorar el talento de los demás. Una niña en toda la flor de la hermosura, la señorita Delfina Gay leía allí sus primeros versos.

XXIV.

En el arrabal de San German, palacio de la princesa de la Tremouille, en otro tiempo princesa de Tarento, era el punto de reunión de la antigua política y de la antigua literatura que habían vuelto con la alta aristocracia del destierro. Allí no se consentía nada de lo que transigiese con el tiempo. El mismo Luis XVIII era allí sospechoso de alianza con los hombres y las ideas de la revolución. Allí era donde tenían su público Mr. de Feletz, Mr. de Bonald, Mr. Ferrand, Mr. de Maistre, Mr. Bergare y los escritores implacables con las novedades. Allí era también donde los oradores del realismo exaltado y de la emigración irreconciliable acudían á combinar su oposición, criticar á las Tullerías y aspirar al reinado del conde de Artois, rey anticipado de la cosas rancias.

Otros dos salones mas poblados, mas jóvenes, se abrían en el mismo cuartel á los hombres literarios ó parlamentarios que se encontraban ó se buscaban para reflejarse mutuamente su brillo ó para prestarse la fuerza de opinión. Dos mugeres jóvenes, hermosas y llenas de gracias los atraían á ellos: madama la duquesa de Boglie, y madama de Saint-Aulaire, reunidas por la edad, por la afición á las cosas intelectuales, por los mismos amigos, por la opinión y por la amistad.

XXV.

Madama de Broglie era hija de madama de Staël, habia sido educado por ella en el entusiasmo del genio. Pero su entusiasmo mas piadoso que el de la madre era especialmente el de la virtud: la piedad santificaba la melancólica belleza de sus facciones, era el himno interior de una hermosa alma revelada en una figura angelical del pensamiento. Su marido, el duque de Boglie, aristócrata de nacimiento, imperialista por educacion y liberal por convencimiento, tenia todas las condiciones de importancia, en un reinado y en una época que participaba de aquellas tres clases de opinion. No podia, pues, dejar de ser buscado por los tres partidos que aspiraban á popularizarse con su nombre y con su mérito. Una oposicion elocuente en una monarquía parlamentaria era la que le convenia, semejante á los Grey, los Sheridan, Holland y Fox, esas grandes familias patricias que adquirieron en la tribuna el favor de los plebeyos. Aquella reunion á los amigos de madama de Staël: los extranjeros de alto nacimiento ó de elevada ilustracion, los oradores de la oposicion de las dos Cámaras, los escritores y publicistas de la jóven generacion, algunos republicanos de teoría que se acomodaban al tiempo y aplazaban sus esperanzas, Mr. de La Fayette contemporizador y sufrido como el pedestal de una columna, solian acudir tambien alli. Era una atmósfera de descontento sin cólera con la actitud mas bien que con el encarnizamiento de las oposiciones. Mr. Guizot hacia alli sus ensayos para la tribuna con sus folletos politicos que dogmatizaban demasiado para conmover. Tenia en sus labios el silencio de la premeditacion, en sus ojos el ardor de la voluntad. No podia vérselo sin un presentimiento. Mr. Villemain, el Fontenelle del siglo, disertaba alli con un indiferente escepticismo

propio de la superioridad. Mr. de Montlosier, adaptaba sus paradojas aristocráticas á las pasiones de la democracia: reinaba en aquella reunion la mayor tolerancia. Los hombres y las opiniones, la juventud, la larga perspectiva de las cosas y de las ideas, la literatura, la poesía, la elocuencia, la gracia de los modales, todo lo dominaban y templaban. Eran las ilusiones de una aurora de gobernantes, un salon de girondinos antes de su triunfo y de su pérdida. Muchos hombres, guiados de la ambicion y condenados á la gloria ó á la desgracia se reunian alli y luego se separaban para emprender diversos caminos. Hubiérase dicho que era un arco antes del combate.

XXVI.

Los mismos hombres y mugeres se veian en casa de madama de Saint-Aulaire, amiga de madama la duquesa de Boglie, y como ella, en el esplendor de su vida, de su hermosura y de su talento. Pero aquella tertulia menos política, admitia á todas las superioridades adquiridas, á las esperanzas de la literatura y de las artes: al entrar alli desaparecian los partidos. El elevado nacimiento y las opiniones realistas se confundian con las doctrinas liberales y los nombres de una celebridad reciente. Allí no se buscaba mas que la distincion personal y la elegancia de las ideas. Era el congreso del talento nacional centralizado en un palacio de Paris por los encantos de una muger eminente. Mr. de Talleyrand, la duquesa de Dino, su sobrina, favorita estrangera, hermosa y silenciosa como una estrella del cielo de Osian; Mr. de Barante, Mr. Guizot, Mr. de Villemain, Mr. de Saint-Aulaire, Mr. de Forbin, Mr. Beugnot, talento erudito, anedótico y universal, los Bertin, contenidos y observadores, los Cousin, Sismondi, filósofos, historiadores, publicis-

tas y poetas, cambiaban perpétuamente entre sí las emulaciones y los aplausos, esos preludios de gloria, á que la juventud aspira en el murmullo de los labios de las mugeres admiradas. Creíase uno trasladado al segundo nacimiento de un siglo XVII ampliado y ennoblecido por la libertad.

XXVII.

Otra muger notable por su atractivo y por su talento gracioso y sério, madama de Montcalm, hermana del duque de Richelieu, reunia mas esclusivamente á los hombres políticos y los escritores del partido moderado de la Restauracion. Allí se oía á Mr. Lainé, hombre de candor antiguo; Mr. Pozzo di Borgo, orador, guerrero, diplomático, verdadero Alcibiades ateniense, desterrado largo tiempo en los dominios de Prusias, y que volvía á confundir en su país su doble papel de embajador de un soberano extranjero y de ciudadano de su patria; Capo de Istria destinado por los encantos de su talento á seducir á la Europa en favor de la Grecia y á morir al tratar de resucitarla; el mariscal Marmont que llevaba en sus facciones la tristeza de una defeccion del deber y de la amistad, por lo que habia creído una obligacion superior á toda amistad y á todo reconocimiento, la humanidad, y que decia á Luis XVIII al interceder por el mariscal Ney su compañero de armas. «Me la debeis porque yo os he dado mas que la vida» Mr. Hyde de Neuville, realista liberal, que se esforzaba en retener en un mismo amor el caballerismo y la libertad, ese caballerismo de los pueblos que no conseguía unir mas que en su corazón. Mr. Molé, retrato de un hombre de Estado, jóven y pensativo á lo Van Dyck, pero que llevaba en sus labios demasiadas sonrisas para demasiadas fortunas; Mr. Pasquier, de nacimiento parlamentario, de inteligencia cul-

tivada, de aptitud universal, palabras fluidas, de convicciones amplias, fiel tan solo á las elegancias del talento y á la aristocracia de los sentimientos; Mr. Monier hijo del célebre constituyente de aquel nombre, por mucho tiempo secretario íntimo de Napoleon, respetuoso siempre á su memoria, adicto á los Borbones porque eran el gobierno necesario para su patria, espíritu justo, estudioso, modesto, infatigable, que tenia en su corazón el culto de la amistad y del reconocimiento, la burla sarcástica en la sonrisa y la seriedad del hombre de Estado en la conversacion. Aquella reunion, en que las letras se mezclaban todas las noches con la política, era la escuela de los hombres de Estado.

XXVIII.

Mr. Casimiro Perier, Mr. Laffitte y algunos otros hombres nuevos é influyentes, recibían al otro lado del Sena los restos de la República y del Imperio. Los ambiciosos aplazados y los descontentos comenzaban á formar el núcleo de aquella oposicion acerba en que los pesares del despotismo y las aspiraciones á la república, por una contradiccion que la pasion comun esplica, se confundían con el nombre de liberalismo en su animosidad contra la aristocracia y los Borbones. Allí comenzaba á brotar la fama, primero encubierta y bien pronto popular, de uno de los fenómenos mas estraños de la literatura francesa, Beranger, tribuno que cantaba. Como todos los espíritus independientes, Beranger habia sentido el peso de la tiranía, y aquella alma de poeta habia protestado en verso contra la opresion. Su genio, eminentemente plebeyo en el acento, aunque de elegancia aristocrática, era republicano como su alma. El Imperio hubiera debido sublevarle como la grande apostasia del ejército de la república.

pero Beranger, mas patriota todavía que republicano, mas sensible á las ruinas de su patria que á las de su opinion, no habia visto mas que la sangre de los valientes y el incendio de las chozas de su país durante la invasion. Su compasion y su cólera le habian arrebatado á pesar de su repugnancia contra el Imperio. Habia olvidado al tirano de un pueblo y no habia visto mas que al gefe guerrero de una nacion, y luego para los corazones generosos la caída absuelve. El hundimiento de Napoleon le habia valido el perdon del poeta. Chateaubriand habia valido un ejército á los Borbones: Beranger iba á valer un pueblo al bonapartismo; Rouger de Lisle en 1789 habia hecho marchar batallones á la frontera con solo la Marsellesa: Beranger iba á conducir millares de almas á la oposicion con sus poemas cantados

XXIX.

Casimiro Delavigne, Etienne, Jony, Benjamin Constant, Lemercier, Arnault, todos los poetas disciplinados, dotados y premiados por el imperio, que repugnaban á la aristocracia y á los Borbones, frecuentaban aquellos salones plebeyos. Allí se notaban ya nacieses fortunas de talento que acariciaban aquella opinion y que se predestinaban á sí mismos á llegar á ser los escritores, oradores y hombres consulares de la clase media bajo el cetro del duque de Orleans. En este número se contaban Mr. Thiers y Mr. Mignet, dos jóvenes del Mediodía, unidos por la amistad y por la esperanza y que comenzaban á distinguirse por algunos buenos trabajos en historia y en política. Remontaban á la revolucion para tomar mejor su curso y su direccion hácia nuevas revoluciones.

Muchos periódicos luchaban en nombre de dos grandes opiniones que comenzaban á dividir la Francia. Pero

las luchas estaban todavía muy lejos de tener aun la acrimonia, la cólera y las injurias que se prodigaron algunos meses despues la *Minerva*, sátira Menippea de la revolucion, y el *Conservador*, abierto á todas las quejas, resentimientos y exageraciones de los realistas. La opinion pública todavía dulce y conciliadora requería como la censura, cierta moderacion y cierta elegancia aun en las hostilidades de los dos partidos. Hasta entónces no se combatía mas que con epigramas pero bien pronto debia combatirse con venganzas.

XXX.

No era el partido republicano, sino el napoleónico y militar el que comenzaba la guerra con la precipitacion, la imprudencia y la animosidad de un partido que no aceptaba su derrota. La emperatriz Josefina, que habia sido repudiada, vivía retirada y honrada de todos en la Malmaison, estraña, no á las lágrimas, sino á las implacables amarguras de su decaída grandeza. La reina Hortensia, hija de aquella emperatriz y del marqués de Beauharnais, no habia podido conformarse con el retiro y la oscuridad que la imponían la repudiacion de su madre, la separacion de su marido, Luis, hermano de Napoleon, rey de Holanda, y en fin la caída del emperador, único autor de todas aquellas fortunas que arrastraba en pos de sí. Acostumbrada á la adoracion de la corte imperial, que su título de cuñada de Napoleon, y la predileccion de aquel soberano la aseguraban, la reina Hortensia quiso gozar de ella despues de él. Empleó la magia de su nombre, el prestigio de sus recuerdos, y la influencia de sus gracias sobre el emperador Alejandro, para que aquel príncipe obtuviese ó exigiese en su favor de Luis XVIII el título de duquesa de Saint-Leu, la conser-

vacion de sus riquezas, y su residencia en París, ó en su palacio de Saint-Leu. Habia llegado á ser para la juventud militar del Imperio, el ídolo tolerado del napoleonismo, adorado todavía bajo la figura de una muger hermosa, jóven, y apasionada. Todos los oficiales jóvenes de la guardia del emperador, los poetas y los escritores que permanecian fieles á aquella gloria, ó que querian dedicarse al culto de una grandeza mas bien eclipsada que desvanecida, se reunian en casa de la reina Hortensia. De allí salian contra los Borbones y sus servidores, aquellos cantos populares, elegías de la gloria, aquellas bur-las, aquellos epigramas, aquellas caricaturas y aquellas palabras de odio y de desprecio, que circulaban entre el pueblo y el ejército para propagar en ellos la conspiracion del desprecio. De allí salian tambien los últimos suspiros de la pasion filial de una jóven, por el que la habia dado su grandeza y su poder, y las primeras insinuaciones de regreso partian para llegar á Napoleon en la isla de Elba, y enterarse de los síntomas de la conjuracion militar que se urdia en su favor, bajo la esterioridad de un culto puramente filial. En aquel cenáculo del culto imperial, el amor, las letras, la poesia, las artes, las intimidades de sociedad, la confianza de la conversacion, los recuerdos de lo pasado, y los estravios de la memoria, participaban menos de la literatura que de la conspiracion.

XXXI.

Pero mientras que aquella oposicion de familia, de mugeres, de oficiales jóvenes y de cortesanos sin amo, elevaba de este modo en casa de la reina Hortensia en Saint-Leu una córte contra otra, una oposicion mas reservada, mas patriótica y mas nacional, se iba formando

en París por los escritos de Carnot y de Fouché repartidos con profusion al pueblo.

Carnot, republicano de los antiguos tiempos, tanto mas firme cuanto era mas moderado y paciente en sus miras, habia atravesado en una oposicion fria y austera el reinado de Napoleon. No habia vuelto á ofrecer sus servicios hasta el momento supremo en que se hundia aquel despotismo, y en que podia confundirse la causa de la patria con la del emperador, por el peligro de la invasion. Habia defendido á Amberes como el baluarte de la Bélgica y del Norte de la Francia amenazada. Cuando volvió á París con una gloria modesta, midió la profundidad de los reveses y de los riesgos de la Francia. En aquellos mismos reveses veia alguna esperanza para el renacimiento de la libertad constitucional. Olvidó sus propios intereses de partido para acoger á la Restauracion, sino con justicia, con favor. Sin duda Carnot llevaba en su nombre la mancha indeleble á los ojos del hermano de Luis XVI, de su voto de muerte en el juicio de aquel rey, y la mas indeleble todavía de su responsabilidad nominal en las sangrientas proscripciones del comité de Salud pública. Habia tomado asiento en él, al lado de Robespierre y de Saint-Just. Pero todo el mundo sabia en Francia, que aquella aparente complicidad de Carnot encubria una profunda enemistad contra sus sanguinarios colegas, y que en aquel comité del gobierno no era el hacha de la Convencion, sino la espada que cubria las fronteras de la patria. Acordábanse ademas de que Carnot, algunos meses mas tarde habia sido proscripto como partidario de la moderacion revolucionaria, y aun como sospechoso de complicidad con los que conspiraban para el restablecimiento de una soberanía constitucional. Solo pudo librarse de los hombres estremados de la Convencion con la fuga y el destierro voluntario. Jamás consintió en doblegarse á Bonaparte. Carnot, por todos estos títulos, gozaba entonces de cierto ascendiente sobre todos

los partidos, de la indulgencia de los realistas, del aprecio de los moderados, y de popularidad entre los republicanos. Su voz era un oráculo.

XXXII.

Atrevióse á hacerla oír, con tan varonil libertad, que alarmó á los unos, y con una audacia que puso en cuidado á los otros. En su manifiesto imputaba el asesinato de Luis XVI, no á los republicanos, sino á los realistas. «La inviolabilidad de la persona real no debió contener á los jueces: Luis XVI ya no era rey cuando fué juzgado: por otra parte, ¿aquella inviolabilidad no tenía límites? ¿Protegeria lo mismo al soberano legítimo que al usurpador? ¿Deberá mirarse como inviolables á los príncipes para quienes no hay nada sagrado ni inviolable? La fuerza es lo que todo lo decide. No es extraño que los jacobinos tuviesen razon primero, luego el Directorio, en seguida Bonaparte, y en fin los Borbones, cuya familia había tenido ya razon durante nueve siglos. Mas puesto que está reconocido que no hay buen derecho sin la fuerza, es preciso hacer de modo que los Borbones no pierdan la suya, y además, que una parte de esa misma fuerza no se vuelva contra la otra.

«Perdonarlo todo, conservar á cada uno sus empleos, sus honores, dejar en el Senado á hombres que no sabían adular, no escluir de los destinos subalternos á los que hubiera podido estraviar un amor escésivo á la libertad, honrar á los militares y no aparentar que se les perdonaban sus victorias impías, he aquí lo que debía hacerse. ¿Y qué se ha hecho? Se ha hecho de cuantos llevaban el nombre de patriota una poblacion enemiga en medio de otra, á la que se ha dado indiscretamente una preferencia muy marcada. Si quereis presentaros en el día en la corte con distincion, guardaos muy bien de decir que

sois uno de esos veinte y cinco millones de ciudadanos que han defendido su patria con algun valor contra la invasion de los enemigos, por que os contestarán, que esos veinte y cinco millones de supuestos ciudadanos, son veinte y cinco millones de rebeldes, y que esos enemigos fueron siempre amigos. Decid que habeis tenido la felicidad de ser chuan, ó vendeano, ó tráfuga, ó cosaco, ó inglés, ó en fin, que habiendo permanecido en Francia, no habeis solicitado empleos de los gobiernos efimeros que han precedido á la Restauracion, mas que para venderlos mejor y hacerlos caer mas pronto: entonces pondrán vuestra fidelidad en las nubes, recibireis tiernas felicitaciones, condecoraciones, y respuestas afectuosas de toda la familia real.»

XXXIII.

Fouché, quiso á imitacion de Carnot, pero con otras miras, recobrar sobre la opinion una especie de ministerio de policia. Esparció un gran número de cartas amenazadoras para los Borbones, manuscritas unas é impresas otras. En ellas hablaba al rey como plenipotenciario de la revolucion, trataba de igual á igual con la corona, despreciaba, acusaba y ultrajaba á los hombres de la corte de Luis XVIII, hacia resonar en sus oídos las amenazas de un segundo terror, solo acariciaba al rey, y ponía el mercado en la mano á la Restauracion.

Las cartas de Fouché produjeron en la opinion un efecto diferente pero inmenso. Todos apreciaban á Carnot y despreciaban á Fouché. Pero al mismo tiempo le suponian con grande habilidad. Creíase que era el dictador secreto del partido revolucionario, porque tomaba osadamente su tono y su actitud. En su mano se veían los hilos de todas las antiguas policias, que nunca se ha-

bian roto enteramente, ni aun en su destierro. No se le sospechaba capaz de hablar tan alto, si no estuviere apoyado. Median aquella fuerza por su audacia. Sabíase además, que tenía conferencias secretas é intimidades políticas con algunos hombres de la familiaridad oculta del conde de Artois, y con el mismo Mr. Blacas. Comenzaba también á entenderse con los bonapartistas. Aquel triple papel, que no podía esplicarse mas que por la importancia que aquellos diversos partidos daban á aquel hombre, hacia que las cartas de Fouché fuesen para unos un escándalo, para otros un enigma, y para todos un acontecimiento.

XXXIV.

El rey no se incomodaba con aquellos síntomas. Escuchaba sin cólera, y miraba sin prevención á los hombres mas comprometidos en el partido republicano. No los consideraba como irreconciliables con el establecimiento de su casa en Francia. Aceptaba, y aun buscaba todas las ocasiones de entrar en relaciones confidenciales con ellos, y parecia que no solo atendia sino que daba crédito á sus consejos. Aquellos hombres, por su parte, se acordaban de cierta complicidad de ideas de aquel príncipe con ellos, al principio de la revolucion, y procurando confirmar en su corazon la amnistia política que les debía por cierto favor secreto y personal, se acercaban á él ocultamente, y no cesaban de responderle de la revolucion, si consentia en dejarse dirigir ó solamente iluminar por ellos.

XXXV.

Tal era Barrás, uno de los restos mas notables de la República, uno de los héroes del 9 thermidor, salvador de la Convencion contra los jacobinos de Robespierre, miembro preponderante del Directorio ejecutivo, autor de la fortuna de Bonaparte, derribado por el soldado á

quien habia elevado, convertido en enemigo del usurpador de la República y del trono, pero regicida, y por este título odioso, aunque necesario á los Borbones. El instinto de un odio comun contra Bonaparte, y de la defensa comun contra el partido de aquel emperador desterrado, debía unir á la corte y á Barrás. Este antiguo director era de nacimiento ilustre. La nobleza de su origen deja siempre cierta afinidad de inclinacion entre un noble y el mismo trono que ha derribado. La sangre lucha contra las opiniones, triunfa de ellas algunas veces, pero al menos siempre vuelve á los recuerdos de la primera vida. Luis XVIII y el conde de Artois tuvieron por medio de Mr. de Blacas y de Mr. de Brujas conferencias indirectas con Barrás. Aquellos antiguos revolucionarios y los emigrados procuraban de buena fé entenderse, pero no hablaban la misma lengua y no se comprendieron. Las conferencias entre la corte, Fouché y Barrás quedaron sin resultado para el gobierno. Los negociadores se ofrecieron reciprocamente lo que ya no les pertenecía. Fouché y Barrás, la revolucion que ya hacia mucho tiempo se les habia escapado: el rey y Mr. de Blacas, la emigracion y la contra-revolucion que ya no les era posible dominar. Un movimiento sordo, instintivo y general, llevaba ya por su lado á cada uno de aquellos partidos. Uno solo, con probabilidades de vida, surgia de entre los dos é iba á sumergirlos con la mas repentina é irresistible revolucion militar de que conservan memoria los anales del mundo. Porque cuando César pasó el Rubicon para ir á aniquilar la república conducia doscientos mil romanos contra Roma. Napoleon no iba á llevar mas que su nombre y la sombra de sus victorias para derribar la obra de la Europa y reconquistar su patria.

Dejamos esta narracion para otro tomo, para concentrar en un solo drama la grandeza y el interés.